



## EL ESTADO Y LA MIGRACIÓN GLOBAL COLOMBIANA\*



LUIS EDUARDO GUARNIZO\*\*

**RESUMEN.** En menos de dos décadas, el Estado colombiano ha cambiado radicalmente su posición frente a la población nacional residente en el extranjero a fin de incorporarla activamente al proyecto nacional. Al efecto se han realizado cambios constitucionales que otorgan derechos a los colombianos en el extranjero, como la doble ciudadanía, el voto en el exterior, la representación en la Cámara de Representantes del Congreso Nacional; además se diseñaron programas que promueven la participación de los migrantes, como «Colombia Nos Une» y «Conexión Colombia». ¿Qué factores impulsan la adopción de esta nueva posición ante los connacionales en el exterior? ¿Quiénes son los migrantes y cómo se han incorporado en el exterior? Estas preguntas se intentaran responder en este artículo en aras de un mejor entendimiento del proceso migratorio colombiano desde una perspectiva global.

**PALABRAS CLAVES.** Formación social transnacional, transnacionalismo, migración internacional.

**ABSTRACT.** In less than two decades, the Colombian state's position vis-à-vis its national population abroad has radically changed. This change includes the implementation of novel initiatives actively seeking to incorporate this population into the national Project. These initiatives include several constitutional changes that grant a wide range of rights to Colombians residing abroad, such as the right to dual citizenship, voting from abroad, representation in the House of Representatives of the National Congress, and official programs that promote the active integration of migrants to the quotidian live of the country, such as the Ministry of Foreign Relations' Colombia Nos Une program and Conexión Colombia, a program cosponsored with the private sector. What factors have pushed the state to adopt this new and determined position in relation to its connationals abroad? Who are the migrants and how have they incorporated themselves abroad? These are some of the questions this essay tries to respond aiming at a better understanding of the Colombian migration process from a global perspective.

**KEYWORDS.** Transnational social formations, transnationalism, international migration.

\* Una versión anterior de este trabajo fue presentada en la Segunda Conferencia Internacional sobre Relaciones Estado-Diáspora (CIRED II), organizada por el Instituto de los Mexicanos en el Exterior, que se llevó a efecto en la ciudad de México, del 3 al 5 de octubre de 2005.

\*\* Docente investigador de la Unidad Académica en Estudios del Desarrollo de la Universidad Autónoma de Zacatecas.



## INTRODUCCIÓN

**E**n 2004, la Feria Internacional del Libro de Bogotá se denominó «Cultura colombiana en la diáspora: el pensamiento que regresa». Libros, videos, mesas redondas y conferencias sobre el éxodo masivo de colombianos, así como publicaciones de escritores colombianos residentes en el exterior, conformaron el núcleo de este importante acto cultural. Uno de los *stands* más interesantes de la feria fue el montado por el recientemente creado programa Colombia Nos Une, del Ministerio de Relaciones Exteriores, dedicado a los colombianos de ultramar. En medio de un abundante y colorido despliegue informativo acerca de la migración colombiana, los visitantes podían grabar, en forma gratuita, videomensajes para ser transmitidos a sus parientes y amigos radicados en el exterior. Esta feria, que cuenta con una importante participación del Estado, significa un cambio radical en la manera en que es percibida la migración en Colombia. En lugar de asociarla negativamente a actividades ilícitas, o suponer que es una especie de traición a la patria, la feria exaltó y celebró la contribución de los migrantes a la cultura, economía y organización social del país. Hasta hace poco, el Estado colombiano se había mostrado renuente a acercarse a la población ultramarina y, cuando lo hizo, fue para promover el retorno de los mejor calificados (Cardona, Cruz, Castaño, Chaney, Powers y Macisco, 1980).

Por otra parte, el gobierno nacional, a través de los ministerios de Relaciones Exteriores y de Ambiente, Vivienda y Desarrollo Territorial, en coordinación con la Cámara Colombiana de la Construcción (Camacol) y varias entidades financieras nacionales, organizó, desde 2005, las llamadas ferias inmobiliarias en el exterior. Estos eventos, que se realizan en áreas con alta concentración de colombianos, promueven la venta de vivienda en ciudades con altas tasas emigratorias, como Armenia, Barranquilla, Bogotá, Bucaramanga, Cali, Manizales, Medellín y Pereira. En la feria inmobiliaria de Miami, llevada a cabo del 25 al 27 de febrero, participaron cuatro entidades financieras y 89 empresas constructoras colombianas, con 240 proyectos de vivienda en once ciudades, acudiendo cerca de 15 mil personas.

El programa Colombia Nos Une y los actos masivos mencionados arriba forman parte de un cambio radical en la política oficial hacia la población colombiana residente en el exterior. Sin duda alguna, el Estado ahora busca, en forma activa, incorporar a los migrantes en el proyecto nacional. ¿Qué factores lo impulsan a adoptar esta nueva y resuelta posición frente a los connacionales en el exterior? ¿Cuál es la posición de los migrantes ante estas iniciativas? ¿Quiénes son los migrantes y cómo se han incorporado en el exterior? Las anteriores son algunas de las preguntas que este trabajo intenta responder, con miras a tener un mejor entendimiento de la migración colombiana desde una perspectiva global.

La emigración masiva de colombianos, de manera especial desde finales de la década de los ochenta, ha transformado profundamente las estructuras socia-



les, culturales y políticas de Colombia. El argumento que sostiene este artículo es que estas transformaciones han convertido, al país, en una *formación social transnacional*. Lo cual significa que las múltiples matrices de poder (político, económico, social) que estructuran a la sociedad, así como a la producción, reproducción y transformación de la cultura que modela la identidad nacional, trascienden la jurisdicción territorial nacional y tienen lugar en un espacio transnacional en el cual los que viven «acá» (los residentes dentro del territorio nacional) interactúan con, influyen a, y son influenciados por los que viven «allá» (los colombianos residentes en múltiples destinos extranjeros). Mientras tanto, los que viven allá van construyendo relaciones fluidas que conectan diversas localidades de asentamiento colombiano en el exterior. Esta nueva conformación del devenir nacional afecta, en general, tanto a la sociedad civil como al ejercicio mismo del poder del Estado, lo que se expresa en varias formas. Por una parte, en los cambios constitucionales y en el manejo del poder por el Estado, incluyendo la amplia gama de derechos otorgados a los colombianos residentes en el extranjero, tales como el derecho a la doble ciudadanía, el voto en el exterior, la representación de los migrantes en la Cámara de Representantes del Congreso Nacional y la participación en programas oficiales y del sector privado, como el programa Colombia Nos Une, del Ministerio de Relaciones Exteriores, y Conexión Colombia, de iniciativa mixta, lanzados en junio y diciembre de 2003, respectivamente (véase cuadro uno).

CUADRO 1

## Políticas del Estado colombiano hacia los migrantes

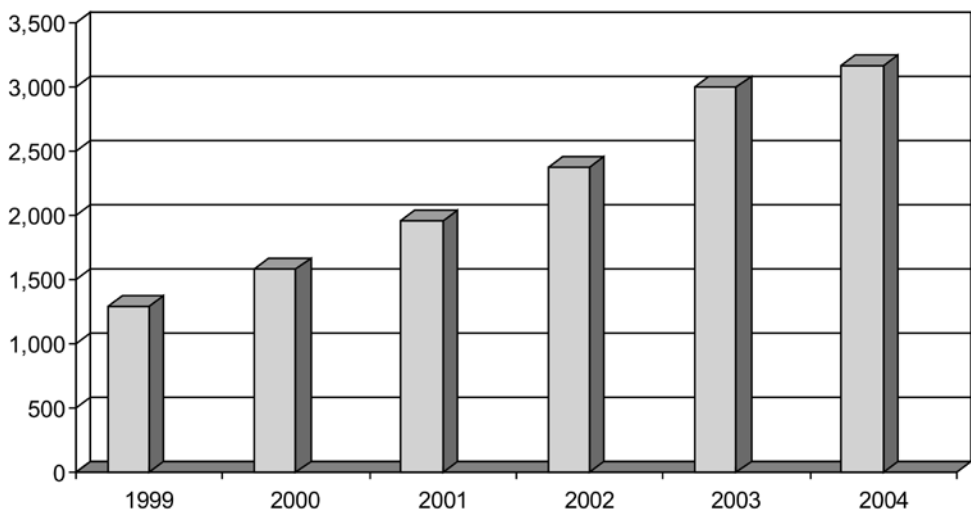
DERECHOS CONSTITUCIONALES
<ul style="list-style-type: none"> <li>• Derecho a la doble ciudadanía (1991)</li> <li>• Derecho a la representación en el Congreso Nacional (1991)</li> <li>• Un representante en la Cámara Baja</li> <li>• Derecho a votar en elecciones parlamentarias (1997)</li> <li>• Derecho a ser elegido al Congreso como representante de la región de origen (1997)</li> <li>• Derecho al voto en elecciones presidenciales (1961)</li> </ul>
PROGRAMAS OFICIALES DEL GOBIERNO
<ul style="list-style-type: none"> <li>• Programa de repatriación de cerebros fugados (1970)</li> <li>• Programa Colombia para Todos (1996)</li> <li>• Programa para las Comunidades Colombianas en el Exterior (1998)</li> <li>• Programa Colombia Nos Une (2003)</li> <li>• Conexión Colombia (2003); programa mixto del gobierno, sector privado y ONG's.</li> </ul>

Esta nueva formación transnacional se expresa, asimismo, en la creciente dependencia macroeconómica del país respecto a los recursos enviados por colombianos residentes en el exterior. En efecto, según datos oficiales del Banco de



la República, desde el inicio de la primera década del siglo XXI, los envíos se han constituido en la segunda fuente de divisas del país, superando, ampliamente, los ingresos generados por las exportaciones de café y carbón. Si no fuese por la inflación global en los precios internacionales del crudo, sin duda las remesas serían hoy día la primera fuente de divisas. En los últimos años, las remesas «aumentaron de US 1.297 millones en 1999 (1,5% del PIB) a US 3.170 millones en 2004 (3,3%)» (véase figura uno). Como proporción de los ingresos por exportaciones de bienes, el valor de las remesas pasó de 10.8% a 18.6%, respectivamente (Uribe, 2004: 1). De acuerdo con estadísticas de bancos centrales, en 2004 Colombia fue el segundo país receptor de remesas en América Latina (después de México, que recibió 16.6 millones de dólares). En 2003, según el Fondo Monetario Internacional (FMI) Colombia fue el octavo receptor de remesas en el mundo.

FIGURA 1  
Crecimiento de las remesas colombianas 1999–2004



Fuente: Banco de la República, Bogotá, Colombia

Además, esta formación transnacional es evidenciada por las densas relaciones sociales, culturales, políticas y económicas que los que viven afuera mantienen con sus familiares y comunidades del país. Estas conexiones son multidireccionales y representan más continuidad que ruptura entre los que están afuera y los que están adentro del territorio nacional. Los nacionales que residen fuera del país son, de hecho, vistos como parte de la imaginaria comunidad nacional. Así, por ejemplo, algunos de los programas radiales más populares de las grandes cadenas nacionales se transmiten, en tiempo real, allende las fronteras para sintonizarlos en sus hogares, lejos del terruño. Uno de estos programas, que parece



retener la mayor audiencia nacional, es conducido todas las mañanas por el conocido comentarista Julio Sánchez Cristo. Durante la transmisión, el anunciador da la hora de Colombia, además de la hora de ciudades distantes como Miami, Londres, Roma y Madrid. Evidentemente, no se trata de hacer un despliegue de falso cosmopolitismo. Sólo es la pragmática expresión, tradicional en la radio local y comunitaria de antaño, de estar en contacto cercano con su audiencia regular, la que ahora incluye a cientos de miles de radioescuchas colombianos que, aunque residen fuera del país, forman parte de la vida cotidiana nacional.

Además de su crecimiento, la migración colombiana es cada vez más heterogénea en términos sociales así como regionales y, ante todo, por la pluralidad de destinos, por ello podría llamársele diáspora colombiana. Esta dispersión espacial abarca asentamientos muy importantes de colombianos en alrededor de una veintena de países en cuatro continentes. Uno de mis objetivos es ubicar la migración colombiana en términos globales (en el marco del proceso de globalización económica, política y laboral), pero mediada, obviamente, por el contexto específico del país de origen y su historia migratoria, evitando caer en el *excepcionalismo*, que a menudo preconizan los migrantes mismos y algunos legos del tema, visión según la cual, el caso colombiano es único, sin antecedentes en el mundo.

Para hacer la comparación global sería importante visualizar cómo la migración colombiana y su dispersión forman parte de un proceso mundial inserto en la globalización del capital, en donde la migración masiva del sur hacia el norte se intensifica; se trata de un proceso en el cual, el sur empobrecido envía proporciones significativas de su masa laboral al norte enriquecido, que demanda, ávidamente, su fuerza de trabajo a bajo costo y con mínimos derechos. Es parte del mal llamado nuevo orden global que, por una parte, favorece la libre movilidad del capital y las mercancías, mientras que, por la otra, obstaculiza la del trabajo.

Este documento se divide en tres partes. Para comenzar examinaré, en forma breve, el contexto y evolución histórica de la migración colombiana, tocando grosso modo su proceso y transformación. En segundo lugar, abordaré las implicaciones del proceso migratorio colombiano para la sociedad civil, así como para las relaciones entre el Estado y los migrantes. Al final esbozaré algunas conclusiones y recomendaciones generales sobre las implicaciones teóricas y prácticas de este proceso.

Sin embargo, antes de iniciar, quisiera hacer una par de acotaciones generales. Primero, debo aclarar que mi intención no es presentar estimaciones cuantitativas, o discutir estudios de caso específicos sobre la migración colombiana. Se pretende esbozar una visión global, indicando tendencias generales y temas centrales, algunos de los cuales han escapado a la atención de los estudiosos del proceso colombiano. La segunda acotación es que los argumentos que presentaré enseguida emanan de mi trabajo de investigación, realizado por más de diez años, sobre la migración latinoamericana hacia Estados Unidos, incluyendo la colombiana, y de un estudio realizado recientemente con Ninna Nyberg Søren-



sen, investigadora del Instituto de Estudios Internacionales de Dinamarca, sobre la migración de colombianos y dominicanos a Europa así como sus conexiones transnacionales con los países de origen.

#### CONTEXTO Y EVOLUCIÓN HISTÓRICA DE LA MIGRACIÓN COLOMBIANA

La emigración de colombianos no es un fenómeno nuevo. Sin embargo, lo que sí es nuevo, es su rapidísimo crecimiento, la heterogeneidad de sus orígenes regionales y extracción social, así como la pluralidad de itinerarios y destinos que ha alcanzado en los últimos años. Según datos oficiales del Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia, más de cinco millones de colombianos residen, en la actualidad, fuera del territorio nacional (véase la tabla uno).

TABLA 1  
Migrantes colombianos en el mundo

CONTINENTE	HOMBRES (%)	MUJERES (%)	POBLACIÓN ESTIMADA	TOTAL (%)
América del Norte	42.8	57.2	2,035,621	38.8
Centroamérica	53.6	46.4	70,499	1.3
Caribe	40.0	60.0	39,676	0.8
Suramérica	55.7	44.3	2,583,571	49.3
Europa	35.2	64.8	475,243	9.1
Asia, África, Australia	21.3	78.7	38,598	0.7
Gran total	46.6	53.4	5,243,208	100.0

Fuente: Ministerio de Relaciones Exteriores, Colombia, noviembre 2003.

Los inicios de la migración masiva se remontan a la década de los sesenta, periodo que coincide con el fin de la violencia en Colombia y el arranque de la prolongada guerra que persiste hasta hoy. Coincide, también, con la introducción de reformas significativas a las leyes estadounidenses de inmigración que, por primera vez en la historia, asignaron cuotas de inmigración a todos los países del mundo, sin distinción de raza o etnicidad. De igual forma, estas nuevas leyes autorizaron la reunificación familiar a los inmigrantes legales, mecanismo que, eventualmente, se convertiría en la forma principal de obtener una visa de residencia en Estados Unidos. El fenómeno de la salida masiva de colombianos



coincide, asimismo, con la alta demanda de mano de obra de la economía venezolana, debido a la expansión ocasionada por el auge petrolero de comienzos de los setenta. El flujo migratorio a Venezuela, empero, desaparecería en la medida que el auge petrolero llegó a su fin y la sociedad junto con la economía del vecino país entraron en profunda crisis, a finales de los ochenta.

La nueva situación contextual, a mediados de los sesenta, abrió las puertas de Estados Unidos a la inmigración latinoamericana, caribeña y asiática en general, mientras declinaba la inmigración europea. Aunque tímida en su inicio, la presencia colombiana de este período sentó las bases para el traslado masivo de colombianos que, desde entonces, se han ido al norte en flujos intermitentes. En la oleada inicial abundaban los profesionistas universitarios, en particular médicos e ingenieros. Dos regiones se erigieron, desde esa época, como zonas de mayor atracción de colombianos: el área metropolitana de la gran Nueva York y el sur de la Florida. El área triestatal metropolitana de Nueva York —que incluye los estados de Nueva York, norte de Nueva Jersey y sur de Connecticut— se convirtió en su destino principal. La abundancia de oportunidades de empleo, ser el centro del comercio mundial y el ambiente multicultural inherente a una metrópoli de inmigrantes, se cuentan entre sus atractivos principales. La presencia de inmigrantes hispanohablantes (puertorriqueños y cubanos en particular) facilitó, desde aquel tiempo, la entrada de los colombianos.

En esta misma época, los refugiados de la Revolución cubana empiezan su incontenible asentamiento en el sur de la Florida. Su presencia e importancia en la vida política, económica y cultural de esta región convirtieron, a Florida, en un territorio latino y en un área vacacional no sólo para los veraneantes y jubilados estadounidenses, sino también para la elite y clase media alta latinoamericana. A finales de los años setenta, tomar vacaciones en Florida, tener una cuenta bancaria en Miami o poseer un apartamento en Fort Lauderdale formaban parte del repertorio simbólico de clase de las altas esferas colombianas, y latinoamericanas en general. La «selecta» composición social del flujo migratorio inicial pronto se diversificaría para incluir un número creciente de obreros calificados y no calificados, campesinos medios, comerciantes y pequeños empresarios urbanos.

Mientras tanto, entre los sesenta y ochenta, Europa continúa siendo el destino principal de las elites socioeconómicas, cuya identidad fundamental y sentido cosmopolita se ven enraizados en el Viejo Continente, no en la mestiza Colombia. Empero, durante este periodo, nuevos compañeros de viaje toman el mismo destino: refugiados políticos de izquierda, intelectuales y artistas con sueños de universalidad, además de estudiantes en busca de sofisticados postgrados. Pero otro proceso que abriría un importante puente para la gran heterogeneidad social que se observa hoy en día, del que poco se ha escrito, tuvo lugar en Inglaterra en los años setenta.

En efecto, a mediados de los setenta, el gobierno inglés autorizó el enganche de mano de obra extranjera no calificada para trabajar en el entonces crecien-



te sector de servicios comerciales, sobre todo limpieza industrial y comercial, así como hoteles y restaurantes. Un grupo significativo de colombianas (pues en su mayoría eran mujeres), que algunos estiman entre 4 mil y 10 mil, muchas de ellas del Eje Cafetero y del Valle del Cauca, fueron contratadas por este medio como empleadas temporales con contratos renovables cada año. Estas trabajadoras fungieron como la conexión, fuente de información y apoyo logístico para muchos colombianos y colombianas que tomaron la opción migratoria en los últimos lustros; se trata de tías, madres, amigas, vecinas o de la amiga de la amiga de muchas de las personas que hoy están saliendo del país hacia Europa (Guarnizo, 2006).

Pero, ¿cómo se llega de esta emigración concentrada en pocos destinos a la migración dispersa que se observa hoy día? ¿Cómo explicar la transformación de Colombia, de un país exportador de productos básicos a uno exportador de mano de obra? La respuesta se encuentra en la interrelación de múltiples factores internos y externos. Es el caso del deterioro de la economía nacional, especialmente desde finales de los ochentas e inicios de los noventa, como resultado de la introducción de profundas reformas estructurales de corte neoliberal. Tales reformas traen, como resultado, la quiebra masiva de miles de empresas privadas, incapaces de competir ante la apertura económica. A esto se unió el colapso en los precios internacionales del café, que postraron no sólo la región de mayor estabilidad económica hasta entonces, el Eje Cafetero, sino que llevó a la quiebra a miles de productores, lo cual contribuyó al aumento del desempleo y redujo, sustancialmente, una de las principales entradas de divisas del país.

Estas reformas implicaron recortes significativos en la nómina de empleados oficiales, incluyendo aquellos licenciados por la privatización de empresas públicas, pero que, en general, no lograron reposicionarse en el mercado laboral privado. Como era de esperarse, estos cambios estructurales, rápidos y drásticos, provocaron el incremento del número de colombianos, con títulos universitarios, desempleados o subempleados en el contexto de una economía en franca contracción, caracterizada por tasas históricas de desempleo abierto y de informalidad económica. En el nuevo mercado laboral nacional, la redundancia de profesionales universitarios y la abundancia de jóvenes trabajadores entrando al mercado por primera vez, resultó ser la muerte laboral de todos aquellos que eran mayores de 30 años, sobre todo mujeres. Este último tema es citado, una y otra vez, por colombianas recientemente entrevistadas en España, Italia e Inglaterra.

Además del deterioro económico, el país enfrentó el deterioro de su situación política, social y militar. La generalización de la violencia, o violencias (común, de la droga, política) a lo largo y ancho del territorio nacional contribuyó a generar un ambiente de inseguridad e incertidumbre en el que, la emigración, surgía como una salida viable y hasta recomendable para sectores cada vez más amplios de la sociedad.

Dos factores adicionales, uno de tipo macro y el otro de tipo microestructural, contribuyeron, de manera significativa, a generar las condiciones para la





masificación de la emigración colombiana. A nivel macro, la consolidación y expansión del mercado internacional de las drogas coadyuvó en este proceso. En efecto, el aumento de la demanda y oferta de drogas ilícitas generó, a su vez, una demanda creciente de mano de obra para trabajar en el negocio. El enganche de personal por los carteles de la droga, tanto en Colombia como entre los colombianos residentes en el exterior, para sus operaciones comerciales y necesidades logísticas (transporte de droga y dinero, distribución, etcétera), se convirtió en un medio más para emigrar de, o no retornar a, una sociedad en franca crisis. Esto precipitó la salida de gente que, de otra forma, no hubiese podido salir y la permanencia en el exterior de otra que hubiese tenido que regresar, por sus condiciones de precariedad económica. Aunque la proporción de los migrantes conectados con el narcotráfico es muy reducida,<sup>1</sup> el estigma de éste ha marcado a los emigrantes, particularmente desde los ochenta, no sólo en los países de destino, sino también en Colombia mismo. Asociado, directa e indirectamente, con la emigración ligada al tráfico ilícito de estupefacientes y drogas psicotrópicas, se expande, además, otra clase de emigración que, aunque mucho menos numerosa, ha resultado muy nefasta para la imagen de los colombianos en el exterior: aquella ligada a la delincuencia común. Algunas redes de delincuentes de las grandes ciudades colombianas, en no pocos casos contratados por carteles del narcotráfico, tomaron rumbo hacia metrópolis estadounidenses y europeas, donde hoy en día han establecido operaciones delictivas de alguna importancia.

A nivel microestructural, la consolidación y maduración de las redes sociales transnacionales sirven no sólo para allanar el camino para los flujos recientes de colombianos, sino que funcionan también como brújula que orienta el destino final que los nuevos emigrados toman. Familiares, amigos, vecinos y paisanos, radicados en el exterior en las últimas cuatro décadas, abren puertas y facilitan la salida para aquellos cuyas vidas y expectativas en el país resultan insostenibles. La vieja generación de migrantes provee apoyo logístico e informativo para los recién llegados, que va desde dar información y consejería sobre el sistema migratorio y la sociedad receptora en general, hasta la provisión de apoyo legal, vivienda, empleo y préstamos para financiar la jornada. Casos como el de Inglaterra, citado antes, son ejemplo de este proceso.

La intersección, entre las condiciones socioeconómicas en el país y las restricciones legales a la inmigración en Estados Unidos, empujó a la diversificación de la geografía migratoria global colombiana. Cuando las fronteras estadounidenses se cierran en los noventa, por el significativo aumento en el volumen de

<sup>1</sup> Para mediados de 2003, el Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia estimaba la población carcelaria colombiana, en el extranjero, en unas 12,000 personas. La mayoría de las cuales había sido detenida por delitos relacionados con el transporte y comercialización ilícita de drogas (Colombia Nos Une, 2003; comunicación personal).



emigrantes colombianos, surgen destinos alternativos importantes como Canadá y Europa, sobre todo en España, Inglaterra, Italia, Francia, Escandinavia y Alemania. En general, los que no pueden irse para Estados Unidos o Canadá, se van a Europa; los que no pueden ir ni a Europa ni a Estados Unidos, van a México, Centro América (Costa Rica), al sur del continente, al Caribe (de manera particular República Dominicana). Paralelamente, se empieza a ver el crecimiento de la migración a países asiáticos, sobre todo de mujeres solas, de manera especial a Japón. De igual forma principiamos a ver una creciente movilidad e interacción entre los colombianos residentes en Estados Unidos y en Europa, al igual que entre aquellos afincados en diferentes países europeos.

La multiplicidad de destinos y la creciente movilidad entre ellos se observa, asimismo, dentro del territorio estadounidense y dentro del continente europeo. En Estados Unidos, por ejemplo, se ve el surgimiento de nuevos destinos importantes que hasta hace 10 ó 15 años no figuraban en el itinerario migratorio colombiano, como Atlanta, Chicago, Houston y el área de la bahía de San Francisco. Dentro de Europa, la situación tiene un carácter un poco diferente ya que la movilidad se da no sólo al interior de los países receptores, sino a través de las fronteras nacionales europeas. Este último tipo de movilidad parece ser alimentado por los disímiles contextos de oportunidades laborales y sociales que encuentran los colombianos, así como por las facilidades de movilidad transfronteriza otorgadas por la integración de la Unión Europea. Un caso ejemplar se observa en España, donde una proporción significativa, aunque aún indeterminada, de colombianos una vez asentados allí (i.e., legalizada su presencia) tiende a moverse hacia otros países en busca de oportunidades no halladas en la península, debido a las condiciones adversas que usualmente afrontan los colombianos, como bajos salarios, exiguas posibilidades de movilidad laboral y social, empleos marginales, marcada discriminación y racismo. Un atractivo punto de destino de esta migración intraeuropea es la capital británica. Según información recabada recientemente, en Londres se labora y gana mucho mejor, amén de que se resiente menos la discriminación. Pero, también, se dan migraciones de España hacia Italia, Alemania, Francia y otros países, con la expectativa de conseguir mejores salarios y condiciones de vida más atractivas, o bien, nada más para reconectarse con familiares y amigos.

Las restricciones legales impuestas por los estados receptores, que dejan al asilo político como la única alternativa viable para la inmigración legal, han hecho que millares de damnificados de la situación económica y política de Colombia se conviertan en refugiados políticos en el exterior. Ciertamente hay miles de colombianos que han huido del país en busca de refugio para salvar sus vidas y las de sus familias, pero, sin duda alguna, hay un número significativo que lo ha hecho por las condiciones de crisis y se ha visto obligado a optar por la única alternativa legal disponible: el asilo político. Pero las condiciones macroestructurales no son las únicas que deciden la salida y suerte de los colombianos en el exterior. La determinación de quién, cómo y a dónde se sale está condicionada por



la interrelación entre múltiples factores que operan en varios niveles, incluyendo las condiciones individuales (si se es mujer u hombre, blanco o no, acomodado o pobre, de una región u otra del país, etcétera); el contexto sociopolítico y económico nacional; la existencia de una migración antigua en varios países del mundo y su conexión con ella; la relación de Colombia con esos países, y los cambiantes regímenes legales de inmigración en los países receptores.

Así las cosas, la pregunta es, ¿quiénes están emigrando? La respuesta resulta tajante, gente de todo tipo: obreros y profesionales en busca de mejores ingresos; empresarios en busca de seguridad y estabilidad; personas acosadas por su posición de clase o por sus ideas políticas; refugiados de izquierda y derecha; perseguidos y perseguidores. La última ola emigratoria, indiscutiblemente la más grande en la historia del país, la conforman, en gran medida, personas con un nivel de escolaridad más alto que la media nacional: profesionistas con títulos universitarios, pequeños y medianos empresarios, jóvenes de clase media que buscan realizar sus estudios en el exterior (que suelen disponer de pasaje de ida y no de regreso). Sin embargo, esta migración también incluye, irónicamente, personas de sectores marginados de la sociedad, inclusive aquellos con antecedentes delictivos: ladrones de poca monta o asesinos a sueldo y, aunque muchos de ellos se han dedicado en el exterior a otras actividades, algunos más continúan sus carreras delictivas y tienen continuos problemas con las autoridades locales. Esto último ha exacerbado el estigma negativo que pesa sobre los colombianos. En lugares como Madrid, además de ser asociados con el narcotráfico, ahora lo son con la violencia delincuencia, guerrillera y paramilitar. En resumen, se puede decir, sin temor a exagerar, que dado su volumen y diversidad sociodemográfica y regional, la población colombiana residente en el exterior es un fiel reflejo del país, en tanto su complejidad social, política y militar actual.

La plurifragmentación —clasista, regionalista, racista— de los colombianos, aunque constante en prácticamente todos los asentamientos en el exterior, parece ser más notoria en las ciudades donde la presencia colombiana tiene una historia más larga. Por ejemplo, las contradicciones, fragmentación social y conflictos que afectan al país tienden a reproducirse, más clara e insidiosamente, en los asentamientos de colombianos residentes en Nueva York, Miami, Madrid y Londres, ciudades que, históricamente, han sido puntos de destino importante para los colombianos, no sólo para migrantes laborales sino para elites económicas y sociales nacionales. Mucho menos conflictivas parecen ser las colonias radicadas en destinos tales como San Francisco, Barcelona, Roma y Milán, nuevas paradas en la emergente geografía global colombiana, donde la heterogeneidad sociocultural de esta población parece ser menos intensa.

¿De dónde proceden los nuevos migrantes? Aunque todas las regiones del país están representadas en esta diáspora en formación, tanto en Estados Unidos como en Europa, la emigración colombiana es, ante todo, una migración urbana proveniente de las áreas más avanzadas del país, esto es, las más conectadas al sis-



tema económico nacional y mundial. Es evidente que las principales fuentes son Bogotá D.C., Cali, Medellín, Pereira (incluyendo Dosquebradas) y Bucaramanga. Sin embargo, se dan casos de ciertas localidades con tasas de emigración exageradamente altas y concentradas en ciertos destinos, lo cual da la impresión de que, prácticamente, todo un pueblo ha abandonado el país. Por ejemplo, la migración de Tulúa, Palmira y Anserma hacia Londres; de Santuario a París; de Buga a Madrid. Los departamentos con la más alta representación son el Distrito Capital de Bogotá, los departamentos del Valle y Antioquia, el Eje Cafetero (departamentos de Risaralda, Quindío y Caldas) así como, en menor cuantía, el departamento de Santander.

¿Qué hacen los colombianos en el exterior? En Europa, la vasta mayoría labora en el sector servicios, independientemente de la experiencia laboral o nivel de escolaridad del migrante. En general, se observa muy poca probabilidad de ascenso social en el mercado laboral y sociedad europeos. En Italia y España, las ocupaciones más comunes entre colombianos, y entre latinoamericanos en general, son el servicio doméstico y el cuidado de niños y ancianos. Una minoría está dedicada al trabajo sexual, tanto masculino como femenino, sobre todo en Italia. Ahora bien, en Londres, las actividades más comunes son la limpieza industrial y otros empleos en el sector servicios —especialmente en hoteles, restaurantes y cuidado de niños— y, a últimas fechas, como propietarios de pequeñas empresas que atienden, fundamentalmente, las necesidades de sus coterráneos, —i.e., restaurantes, tiendas de abarrotes, servicio telefónico para llamadas internacionales, servicios de Internet y de envío de dinero—.

Es innegable que Estados Unidos ofrece las mejores posibilidades de ascenso socioeconómico, en comparación con Europa, debido, en gran parte, a la más larga presencia y tamaño de la colonia colombiana, que ha abierto más oportunidades para los recién llegados. Pero además, el contexto económico estadounidense ofrece más oportunidades debido al tamaño y diversidad de la economía y la alta flexibilidad así como desregulación del mercado laboral. Esto último permite, al migrante, abrirse más nichos laborales, evadiendo el ojo controlador del Estado. Mientras el sector servicios ciertamente ofrece el mayor número de empleos, una proporción significativa de colombianos labora en la industria manufacturera y en la construcción. Asimismo, la proporción de autoempleados y propietarios de micro y pequeñas empresas es muy importante (Guarnizo y Espitia, 2006). De hecho, las tasas de autoempleo y propiedad de empresas de los colombianos son, proporcionalmente, más altas que las de los cubanos, que se consideran como uno de los grupos de inmigrantes más prósperos y emprendedores en Estados Unidos.

¿Cómo es la organización social de los colombianos en el exterior? A pesar del número creciente de colombianos en ciudades como Madrid, Barcelona, Londres, Roma e, incluso, Nueva York y Los Ángeles, su tendencia predominante es la dispersión espacial y la fragmentación social, antes que la concentración en enclaves residenciales. La desconfianza enraizada en el estigma de la droga, el te-



mor a vincularse impensadamente con personas que se relacionen con los actores armados del conflicto, o bien, con delincuentes, se unen al consabido clasismo y regionalismo colombiano, haciendo prácticamente imposible la formación de organizaciones colombianas incluyentes y representativas. El estigma de la droga y la falta de confianza en el otro agudizan las carencias propias de la cultura política colombiana de falta de credibilidad en el Estado, bajo aprecio a las instituciones políticas partidistas y, en general, una percepción negativa del proceso político formal. Por todo esto, la organización social tiende a construirse alrededor de círculos estrechos de familiares y amigos cuyas relaciones usualmente provienen de, y se extienden hasta, el lugar de origen a la vez que reúnen a personas de estratos sociales similares. La desconfianza generalizada parece haberse materializado en lo que podríamos llamar el síndrome del «uno nunca sabe». Expresiones tales como «cuidado con tal o cual persona, porque *uno nunca sabe...*», «yo no voy a las celebraciones de colombianos porque *uno nunca sabe* qué pueda pasar» o «*uno nunca sabe* qué tipo de gente vaya a ir... o quién está detrás de esto...».

Ante esta situación, lo que impera es la iniciativa individual sobre la grupal. El apoyo es restringido a las personas bien conocidas, mientras que la solidaridad colectiva se da sólo de manera episódica, esto es, en casos de tragedias naturales en el país o de apoyo a compatriotas en casos de necesidad extrema. Un resultado de este fenómeno es que, a pesar de su tamaño, las colonias de colombianos tienden a escapar de la atención de los gobiernos locales en el exterior (a no ser por las autoridades de seguridad) y, por tanto, a ser ignoradas en la toma de decisiones políticas que las afectan. Indiscutiblemente, esto aumenta la vulnerabilidad de los migrantes colombianos frente a la sociedad receptora en general y, en forma particular, frente a empleadores, arrendadores de vivienda, profesores de escuelas públicas. Los colombianos en el exterior ven su realidad, sus necesidades y oportunidades en términos individuales, mas no grupales. Esto contrasta con la experiencia de otros grupos de inmigrantes con niveles de escolaridad mucho más bajos, como los dominicanos y mexicanos en Estados Unidos, o aquellos procedentes de áreas rurales andinas, como ecuatorianos y peruanos en Europa, quienes han logrado crear influyentes organizaciones políticas y cívicas, respectivamente, para defender sus intereses y apoyar el avance de su grupo nacional ante la sociedad receptora.

Ahora bien, la falta de solidaridad grupal «allá», de cierta forma, parece ser compensada por un profundo, y en no pocas ocasiones militante, nacionalismo individual; una constante preocupación por la situación del país y el mantenimiento de fuertes relaciones de solidaridad con familiares y amigos en Colombia. En algunos casos, esta lealtad se refleja en contribuciones a causas humanitarias y comunitarias puntuales para el desarrollo de sus lugares de origen, es el caso de los oriundos de pequeños poblados como Montenegro, Santuario y Santa Rosa de Cabal, todos del Eje Cafetero. Sin embargo, según lo documentan estudios recientes (Guarnizo, Portes y Haller, 2003; Guarnizo, 2006), la tendencia es que entre



más pública sea la actividad (*v.gr.*, participación política), menor la proporción de migrantes que participan, al tiempo que entre más privada y personalizada sea ésta (*v.gr.*, envío de dinero a familiares), mayor la participación. Específicamente, la tabla 2 muestra algunas cifras del empeño transnacional de esta población en Estados Unidos y Europa. Las cifras indican, por ejemplo, que mientras sólo 5% de los migrantes entrevistados en Estados Unidos manifestaron haber donado dinero a partidos políticos colombianos, casi 30% declararon haber hecho donaciones a proyectos específicos de caridad y 70% afirmaron haber enviado remesas para ayudar a sus familiares. Tendencia similar se observa en los datos estudiados provenientes de los colombianos en Europa. Se podría decir, entonces, que en las relaciones transnacionales, establecidas por los colombianos residentes en el exterior con Colombia, predominan las microsociales sobre las macrosociales.

Sin embargo, aquí encontramos una paradoja entre el objetivo inicial de la acción transnacional individual de los migrantes y el actual efecto que éstas tienen sobre la sociedad colombiana. Por ejemplo, las acciones que buscan afectar las estructuras políticas del país (objetivo macro), usualmente adelantadas por una pequeña minoría, por lo general logran mínimos efectos en la realidad (efectos micro). Entretanto, la acción más privada, pero al mismo tiempo más común entre los migrantes, que tan sólo busca atender a las necesidades de la propia familia a través del envío de remesas (objetivo micro), tiene un enorme efecto macroeconómico que afecta la balanza de pagos y, en general, la estabilidad macroeconómica del país (efecto macro).

Irónicamente, esta gran importancia dada a las remesas nunca podrá ser materializada en forma de, por ejemplo, poder político para la población migrante, pues el envío de remesas es una acción individual nacida de obligaciones socio-familiares, crucial para la sobrevivencia de los familiares que aún residen en el país de origen. Ningún migrante estaría preparado para utilizar estas transferencias como elemento de negociación para lograr, digamos, posibles contraprestaciones del Estado colombiano. En otras palabras, el poder de las remesas es simbólico, irrealizable por aquellos que las generan.

Esto nos lleva a una de las dimensiones más discutidas acerca de los efectos de la migración sobre el país emisor, a saber, la relación entre migración y desarrollo. Frecuentemente, cuando se habla de migración y desarrollo, se habla de remesas y, casi siempre, *sólo* de remesas, del flujo norte-sur de recursos monetarios que los migrantes transfieren. En casos como el de Colombia, México, El Salvador, República Dominicana y Ecuador, con el énfasis de los organismos multilaterales empeñados en la relación migración-desarrollo, como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Interamericano de Desarrollo y la Unión Europea, las políticas públicas se han enfocado casi de forma exclusiva en las remesas. Ahora bien, si se analiza el proceso migratorio desde el punto de vista transnacional, resulta evidente que la historia es mucho más compleja. Para comenzar, los flujos de recursos no sólo se dan de norte a sur.



TABLA 2  
Relaciones transnacionales de los migrantes colombianos

	ESTADOS UNIDOS**		EUROPA <sup>§</sup>	
	HABITUAL %	ESPORÁDICA %	HABITUAL %	ESPORÁDICA %
PARTICIPACIÓN POLÍTICA LOCAL*				
Vota en elecciones locales/nacionales	45.6	–	26.2	16.7
Da dinero a partido político local	16.4	–	1.5	0.0
PARTICIPACIÓN POLÍTICA TRANSNACIONAL				
Miembro activo de partido colombiano	10.0	18.7	4.9	8.0
Da dinero a partido en Colombia	2.3	5.1	0.6	1.9
Participa en actividades políticas en Colombia	3.2	10.6	3.3	8.7
Miembro activo de asociación cívica	7.1	18.0	3.7	9.7
Da dinero para proyectos comunitarios	6.1	18.7	2.0	9.2
Miembro activo de organización filantrópica	13.2	29.9	5.8	16.5
	EUA %		EUROPA %	
RELACIONES MICROSOCIALES TRANSNACIONALES				
Envía remesas	65.6		81.6	
Invierte en Colombia	15.3		6.0	
Tiene miembros de la familia nuclear en Colombia	22.0		23.8	
Tiene miembros de la familia nuclear en otro país	NA		4.2	
Tiene familiares en otro país	NA		21.3	
Visita Colombia	32.0		74.9	
Conoce programas del gobierno a favor de los migrantes en el exterior	NA		7.9	

\* Se refiere a la participación en actividades políticas en el lugar de residencia en el exterior. Sólo ciudadanos naturalizados.

Fuentes: \*\* Encuesta CIEP 1999 (N=315, véase Guarnizo *et al.*, 2003);

<sup>§</sup> Encuesta latme-2005 (N=545), véase Guarnizo y Sørensen, 2006.





Además de los flujos ya conocidos, remesas familiares, inversiones y ayuda comunitaria, hay una corriente importante de sur a norte, generada por la demanda de bienes y servicios de origen colombiano, dada la pretensión de los migrantes de reproducir a Colombia en el exterior. Esta demanda representa una expansión de facto del mercado nacional, un aumento no reconocido de las exportaciones de bienes y servicios que no podría transnacionalizarse sin la presencia de consumidores colombianos que conozcan y aprecien estos productos. Hay múltiples ejemplos de este fenómeno: desde el expendio de refrescos, cervezas y frutas exóticas colombianas, dulces de breva y cierto tipo de papas, hasta la exportación de masa de pan congelada, la cual es horneada y vendida como auténtico pan fresco colombiano en negocios de y para colombianos en el exterior. Esta es una dimensión muy importante, misma que debe incluirse en los análisis de la contribución de la migración al desarrollo nacional y a su estabilidad macroeconómica.

#### MIGRACIÓN, SOCIEDAD CIVIL Y ESTADO

¿Cuáles son las implicaciones de todos estos procesos? Una de las más significativas tiene que ver con la importancia de los migrantes para la estabilidad social y económica del país. Los que se han ido siguen presentes y afectan la vida cotidiana de sus comunidades de origen, de sus familias y allegados. Además de su efecto práctico inmediato, también tienen una importancia crucial en la reproducción misma del proceso migratorio. Primero, a través de lo que podríamos llamar el efecto demostración, esto es, generar expectativas halagadoras entre los no migrantes, al dar la imagen de que la migración es siempre una alternativa exitosa. En medio de la crisis en que está sumido el país, la migración se erige no sólo como una salida viable, sino además apetecible. En segundo lugar, los migrantes tienden a reproducir el proceso migratorio en la medida en que apoyan y facilitan la salida de familiares y amigos. No es extraño encontrar, en localidades con altos índices migratorios, a grupos de personas, especialmente jóvenes, en el limbo de la espera, el «estoy esperando para irme», que paraliza y aliena al futuro emigrante de su entorno social inmediato. Los efectos negativos de esta situación son sustanciales sobre el desarrollo local, tal como se ha documentado en múltiples estudios de localidades emisoras. Esto se agudiza cuando el monto de las remesas recibidas del extranjero resulta más jugoso que los salarios locales, lo que, a su vez, deviene en relaciones de dependencia, baja productividad y aumento del ocio subsidiado por los residentes en el exterior.

Pero, al mismo tiempo, la migración se convierte en una válvula de escape sociopolítico. Entre más personas deseen, imaginen y planeen emigrar, menos serán aquellas que piensen y actúen en la construcción de soluciones a los problemas que afectan su vida cotidiana en el país de origen. El empeño en buscar la forma de salir, antes que cambiar la situación local para quedarse, exime al Estado





de presiones desde abajo para reformar o acelerar la búsqueda de soluciones a la problemática sociopolítica y económica local así como nacional. De igual manera, la salida de personal desempleado o subempleado ayuda a la contracción de las altas tasas de desempleo y creciente desigualdad e, inadvertidamente, contribuye a la reducción de las tensiones sociales y políticas que generan. Ahora bien, las remesas constituyen no sólo un subsidio social para sectores cada vez más crecientes de la sociedad (según el Ministerio de Relaciones Exteriores, cerca de tres millones de hogares, aproximadamente un tercio de la población nacional, reciben remesas en Colombia), sino que funciona como una especie de escudo que protege a quienes las reciben de los vaivenes económicos y políticos del país.

A nivel micro, la migración en general y las remesas en particular han transformado las relaciones familiares, especialmente las de género, en la medida en que más y más mujeres están viajando al exterior. La experiencia femenina en el exterior altera la posición de la mujer frente al hombre en el hogar y en la comunidad. Aquí surge una serie de preguntas que aún están por estudiarse en el caso colombiano. ¿Quiénes envían? ¿Qué efectos tienen las condiciones de los remitentes en el exterior sobre las posibilidades, frecuencia y volumen de sus remesas? ¿Qué variaciones en el uso de las remesas se dan entre hombres y mujeres? ¿Qué diferencias regionales se observan?

Sin embargo, a la vez que la migración altera las relaciones de género, también transforma las estructuras familiares por la dispersión espacial que, usualmente, sufren las familias. Por ejemplo, dejar a los hijos en Colombia, mientras que uno o los dos progenitores trabajan en el exterior, genera nuevas configuraciones y relaciones familiares que aún están por estudiarse. En el análisis que he realizado con Ninna Nyberg Sørensen, en Europa, encontramos el dramático desencuentro de madres y padres que, luego de muchos años en el exterior, han decidido reunificar sus familias, llevando a sus hijos con ellos. El desencuentro es, a menudo, chocante, especialmente entre aquellos insertados en posiciones bajas en el mercado laboral. Los hijos, acostumbrados a la buena vida que las remesas les han brindado en Colombia, sienten vergüenza de encontrarse, de repente, con que después de haber sido entre los más influyentes de su barrio o pueblo, han llegado para ubicarse al margen de una sociedad que no conocen, no dominan; una sociedad en la que sus padres ocupan posiciones bajas, mal pagadas y en la que son, además, objeto de discriminación y exclusión. Las consecuencias de este desencuentro pueden ser funestas, no sólo para la estabilidad familiar, sino para el futuro de tales jóvenes. Este es un fenómeno que ha derivado, en no pocas ocasiones, en problemas identitarios y de comportamientos desviados, tales como violencia juvenil y drogadicción, una problemática que apenas empieza a ser estudiada a profundidad.

Además de importantes productores de divisas, el Estado de origen ve, en los migrantes, potenciales abogados de sus intereses en el exterior y posibles votantes a su favor. En este último nivel, los migrantes son percibidos como un



tremendo potencial electoral dormido, dado que tan sólo una pequeña minoría de ellos vota o participa en actividades políticas formales desde afuera. De hecho, si la participación electoral de los migrantes fuese significativa, podría constituirse en un bloque electoral importante, y hasta definitorio, en las elecciones nacionales. Toda vez que los migrantes tienden a tener un mayor índice promedio de escolaridad que los colombianos dentro del país —y habida cuenta de que la tendencia universal es que a mayor escolaridad, mayor es la participación electoral—, la posibilidad de contribución y vinculación política son muy altas. Sin embargo, esta tendencia universal aún está por verse en el caso colombiano, dada la alienación política de esta población y el predominio de una cultura política nacional de rechazo a, y no participación en, las actividades políticas electorales.

Otra dimensión importante, en la relación del Estado con los migrantes, tiene que ver con la definición del significado práctico de la doble ciudadanía. Hasta ahora, la doble ciudadanía les otorga importantes derechos ciudadanos nominales a aquellos colombianos que han optado por adquirir una segunda nacionalidad (véase cuadro 1). Empero, aún está pendiente el paso de esos derechos ciudadanos nominales a derechos sustantivos. El programa Colombia Nos Une surge como una posible avenida para alcanzar este objetivo.

Sin embargo, luego de tres años de la introducción de dicho programa, es muy poco lo que se ha avanzado. Desde su creación, Colombia Nos Une se ha orientado, fundamentalmente, a la celebración simbólica de la población migrante en algunos países del norte (de manera especial en Estados Unidos y España), a la promoción de su estudio y al impulso de algunas medidas que han coadyuvado al abaratamiento de los costos de intermediación financiera del envío de remesas. En general, el programa ha contribuido al reconocimiento de la crucial importancia y contribución de los migrantes a la estabilidad del país en medio de la presente crisis y a su papel de «embajadores de la nación» en el exterior, como se les denomina en el discurso oficial. Hasta el momento, en términos generales, el impacto del programa ha sido muy limitado en su alcance. Este efecto limitado es consecuencia, en parte, de la novedad misma del programa y de la necesidad de conocer, de manera más certera, las características y dinámicas propias de la población migrante. Sin embargo, este limitado avance es también consecuencia de la perspectiva ideológico-política del gobierno actual, que privilegia las fuerzas del libre mercado como las más idóneas para atender a las necesidades y demandas de la población migrante. Por ello, antes que generar programas oficiales como los diseñados por el gobierno mexicano (i.e., Programa Tres por Uno, Programa Paisano, etcétera), el gobierno colombiano ha concentrado sus esfuerzos, a través de Colombia Nos Une, en la apertura de espacios para que el sector privado nacional y multinacional, particularmente en los sectores de vivienda y finanzas, tengan acceso directo a la demanda de bienes y servicios de la población migrante. Las ferias inmobiliarias descritas al inicio de este artículo son clara expresión de dicha aproximación oficial.



Ahora bien, como se mencionó antes, no todo es económico. Evidentemente, el mercado es incapaz de atender a todas las necesidades y demandas generadas por el proceso migratorio. En particular, el mercado no puede atender a la aplicación, defensa y reforzamiento de los derechos ciudadanos y humanos de los colombianos en el extranjero, los cuales determinan, en gran medida, sus condiciones laborales y de vida, así como las de sus familias y comunidades en Colombia. En otras palabras, el mercado no puede sustituir la relación entre Estado y migrantes, crucial en la conformación de las relaciones transnacionales, generadas y sostenidas por los migrantes, así como sus efectos en el país de origen. La relación Estado–migrantes, desde luego, no se halla libre de complicaciones. Al contrario, está preñada de contradicciones e interrogantes de no fácil respuesta. Dadas las particulares condiciones sociopolíticas del país, algunas de estas interrogantes resultan de importancia urgente. Ante la precaria situación de un alto porcentaje de migrantes colombianos en el exterior, debido a su vulnerabilidad legal, ¿por qué la defensa de sus derechos no figura en la agenda oficial, mientras que el Estado privilegia el tema del volumen y frecuencia de las remesas que ellos envían? Cuando el país sostiene la tasa de pobreza más alta de su historia, con más de dos terceras partes de la población nacional bajo el nivel mínimo de pobreza, ¿cómo ve la mayoría empobrecida del país la inusitada atención oficial a los colombianos en el extranjero? Más aún, si se tiene en cuenta que Colombia es el segundo país en el mundo con población desplazada internamente por el conflicto político militar, ¿cómo ven dicho apoyo los desplazados internos, especialmente aquellos que no han recibido atención directa del Estado? En fin, de frente al raquítico presupuesto nacional para el gasto social, ¿por qué se favorece a los que se van y no, más bien, a los que se quedan? ¿Se convertirá esta atención a la población de ultramar en incentivo para irse del país? ¿Tienen que salir del país los colombianos más pobres y marginados para ser reconocido por el Estado como parte de su sociedad civil? Estas interrogantes cuestionan, directamente, el significado sustantivo de la ciudadanía colombiana, de cara a la masiva migración internacional, la creciente dependencia macroestructural de las remesas que los migrantes envían y la gravísima situación interna por la que atraviesa el país en este momento histórico. Son cuestiones sobre las que falta reflexionar, discutir e investigar más a fondo, tanto en las zonas emisoras como en los múltiples lugares de asentamiento en el extranjero.

#### A MANERA DE CONCLUSIÓN

¿Qué podemos sacar de esta visión global de la migración colombiana? En primer lugar, hay que subrayar la importancia de una visión transnacional del proceso migratorio para el Estado, para la sociedad civil y para el entendimiento del proceso de globalización en general. En este último sentido, es claro que los colombianos



no estarían emigrando, al nivel que lo hacen, sin las transformaciones político-económicas globales de las últimas décadas. Sin estas innovaciones, por ejemplo, no hubiese sido posible que, en Europa, los niveles de ingreso hubiesen subido hasta donde han llegado y, en Colombia, no hubiesen bajado hasta donde lo han hecho. Si la demanda mundial por drogas ilícitas y petróleo no hubiesen alcanzado los niveles que han adquirido, las condiciones internas de Colombia serían diferentes a las que tenemos hoy en día. Como es del conocimiento público, la agudización de la guerra interna y la inseguridad generalizada están íntimamente ligadas, no sólo a las inequidades históricas de la sociedad colombiana, sino que, también, están enraizadas en el crecimiento de la producción de petróleo, coca y amapola, toda ella jalonada por una insaciable demanda externa. En fin, las diferencias globales se reflejan en fenómenos tales como la percepción, en Europa, de que ciertos trabajos no sean, ahora, considerados lo suficientemente dignos o bien pagados para los europeos y sean tomados, exclusivamente, por los recién llegados del sur.

El novorriquismo de la Unión Europea, de manera especial en el sur de Europa, ha hecho posible que actividades que habían desaparecido desde tiempo atrás, como la contratación de trabajadoras domésticas que viven en la residencia de sus patrones, hayan resurgido en gran escala, prácticamente, de la noche a la mañana. Muchas familias de clase media están ahora contratando, por primera vez en su vida, empleados domésticos permanentes en sus residencias. En la medida que la sociedad europea, dada la infraestructura de vivienda imperante, no estaba preparada para esta clase de arreglo laboral, dicho tipo de empleo implica condiciones laborales y de vida muy precarias para el empleado migrante. No es raro, por ejemplo, encontrar en Madrid o Roma empleadas domésticas durmiendo en el sofá de la sala, o en el piso de la cocina, dentro de pequeños apartamentos de familias de profesionistas de clase media. Además, la precariedad laboral de la vasta mayoría de la población migrante colombiana, de manera particular en Europa, hace que vivir independientemente sea un lujo que muy pocos pueden costear. Para aquellos que no viven con sus patrones, tener vivienda en Europa se ha convertido en el alquiler de una cama por unas cuantas horas (el espantoso *posto letto* en Italia), o compartir, con conocidos y desconocidos, pequeños apartamentos en circunstancias de hacinamiento que muchos de ellos nunca habían enfrentado en su natal Colombia. La ausencia de un ambiente mínimo de privacidad y los bajos salarios que impiden sostener una vida digna son parte del modo de incorporación que muchos migrantes enfrentan en Estados Unidos y Europa, a donde fueron en busca de un futuro mejor para ellos y sus familias. El que este tema no se mencione, en el discurso oficial colombiano sobre la migración, profundiza la desconfianza que los migrantes sienten por el súbito interés del gobierno y sus planes de acercamiento hacia ellos.

La desigualdad de la globalidad hace atractiva la mano de obra barata procedente del sur para satisfacer las necesidades del norte. El desarrollo migratorio debe contextualizarse desde este punto de vista, reconociendo que la demanda de esa



mano de obra por el norte es estructural, y que los derechos sociales, civiles y humanos de esos trabajadores deben, asimismo, formar parte de la relación que dicha demanda genera. En ese sentido, la creciente presencia de ciudadanos colombianos en los mercados laborales extranjeros no es un evento coyuntural ni único. Es un fenómeno estructural de larga duración, enraizado en las transformaciones engendradas por la globalización contemporánea del capital y, en tal sentido, es parte integral de la formación social colombiana. El proceso migratorio, así entendido, es reflejo de la realidad sociopolítica presente y lo será de la realidad futura del país. Dichas transformaciones se han venido gestando desde hace muchos años, están alcanzando nuevos niveles y perdurarán por generaciones, a menos que un catastrófico evento global cambie, radicalmente, las condiciones presentes. Los emigrantes no van a regresar mañana y, junto con ellos, sus hijos y los nuevos migrantes estarán yendo y viniendo, van a seguir conectados con su terruño; la extensión de la sociedad civil colombiana va a alcanzar nuevas fronteras. Eso tiene que entenderse en el proceso de construcción de cualquier proyecto nacional para el país.

La compleja heterogeneidad social, económica y política de la población migrante debe romper las idealizaciones, los estereotipos y visiones simplistas del colombiano migrante como miembro de la sociedad civil. Los residentes en el exterior deben entenderse y tratarse como parte integral de la solución y/o la prolongación del conflicto interno. Si tenemos, en el exterior, actores de todos los bandos, perseguidos y perseguidores, muchos de los cuales han sido activos —y quizá aún lo sean—, tenemos que entender que, al dirigirnos a esa población, lo estamos haciendo a la Colombia de adentro, con todas sus divisiones y coaliciones, con todas sus fortalezas y debilidades, con todos sus aciertos y falencias. Aquí, entonces, cabe preguntarse, ¿a quién se va a dirigir el Estado cuando se aproxime a la población migrante?

La tentación, y la ruta obviamente más fácil a seguir, es la de aproximarse nada más a aquellos que se identifiquen con la agenda oficial del Estado, lo cual parece ser la postura adoptada por la administración actual. Sin embargo, se puede argüir que el Estado debe ver a los colombianos en el extranjero como parte integral de la sociedad civil colombiana y, de esta manera, aproximarse a ellos no como posibles aliados políticos o ideológicos, o meramente como potencial base electoral, sino como conciudadanos con derechos plenos de participación en el, y protección del, Estado.

Es evidente que las expectativas y presiones que pesan sobre los migrantes son innumerables y, en no pocas ocasiones, desmesuradas por multitud de personas e instituciones a los dos lados del campo de acción transnacional: de la sociedad anfitriona, de familiares y amigos que quedaron atrás, del gobierno nacional y local en el país de origen. Hasta cierto punto esto es comprensible cuando hablamos de que contribuyen, según los últimos datos oficiales, con más de 3 mil millones de dólares anuales a la economía nacional. Lo que predomina, en general, es una mentalidad extractiva. Todo el mundo quiere sacar algo de los emigrantes.



La sociedad receptora los quiere disciplinar, quiere que produzcan, que no utilicen servicios sociales y que se integren a la sociedad que los recibe. Familiares, amigos y relacionados demandan sus contribuciones constantes para su supervivencia, para ayudar en caso de emergencias, etcétera. El gobierno local espera su contribución al desarrollo local. El gobierno nacional, entre tanto, espera que sigan manteniendo el flujo de remesas por medios oficiales. Empero, lo que casi nunca se discute, y en ese sentido la iniciativa del programa Colombia Nos Une del Ministerio de Relaciones Exteriores es bienvenida, es la retribución debida a los emigrantes por sus aportes a los dos lados del campo transnacional. Esa es una dimensión que, a pesar de su obvia importancia y justeza, usualmente pasa desapercibida.

En estas condiciones, tres puntos centrales deben tenerse en cuenta en la definición de la relación entre el Estado y la migración. En primer lugar, cómo superar la vulnerabilidad legal, política, económica y social de los colombianos en el exterior. Para ello, por lo menos tres frentes generales de acción se deben considerar: 1) el impulso internacional para la ratificación de los derechos de los trabajadores migrantes y sus familias por los países ricos receptores de aquéllos. La Asamblea General de la Organización de Naciones Unidas aprobó esta convención en 1990. Sin embargo, a la fecha, ni un solo país del norte la ha ratificado, o siquiera firmado; 2) el establecimiento y fortalecimiento de vigorosos acuerdos bilaterales, por lo menos con los países que tienen mayor presencia colombiana, acuerdos que defiendan los derechos básicos de los migrantes, y 3) promover la convergencia entre las organizaciones existentes y los diferentes segmentos de la población colombiana, tratando de superar las divisiones y barreras existentes clasistas, raciales y regionales, con miras a impulsar el empoderamiento de los migrantes en la defensa de sus propios derechos. Esto implica, entre otras cosas, la diseminación de información precisa sobre sus derechos, deberes y oportunidades en la sociedad receptora, tarea esta que puede ser coordinada con ONG locales que ya proveen servicios a los migrantes. Paso clave, para que se puedan adelantar iniciativas en esta dirección, es el apoyo al estudio científico comparativo de la migración global colombiana en múltiples países y localidades de asentamiento, para determinar, con mayor certeza, la agenda a seguir.

Mi segundo planteamiento es el de las utopías de la paz, lo que se refiere a cómo detener la exportación de la guerra (i.e., de perseguidores y perseguidos). En su lugar, promover, en el exterior, diálogos incluyentes de paz que puedan generar iniciativas que coadyuven a este proceso dentro del país. Se debe aprovechar la oportunidad de que, al estar lejos del peligro inminente de la guerra, los diferentes actores y/o sus representantes puedan hablar en foros de discusión abierta acerca de las posibilidades de acercamiento y negociación. Obviamente, es un salto enorme, pero que debe caber en nuestro imaginario para promoverlo y correr el riesgo de implementarlo.

En conclusión, aunque la importancia de las remesas ha monopolizado la atención en el debate sobre migración y desarrollo, se debe hacer un llamado de



atención para que se considere, seriamente, la promoción de la exportación de bienes y servicios dedicados al consumo de connacionales en el exterior. Contribuir a establecer conexiones, entre productores y consumidores nacionales en el extranjero, puede redundar en el establecimiento de relaciones económicas más duraderas y productivas que la actual política centrada en la dependencia estructural de las remesas.

Para terminar, es necesario recalcar que nuevas formaciones sociales transnacionales, como la colombiana, son expresión de una forma no conocida de Estado-nación, de nuevas formas de identidad nacional, de maneras recientes de ser ciudadano. Las implicaciones teóricas y prácticas de las formaciones transnacionales son múltiples, pero aún no comprendidas claramente y, hasta hace poco, ignoradas por analistas de la mundialización contemporánea. El reto que estos cambios implican, para las sociedades emisoras y receptoras, es formidable. Su investigación apenas empieza.

#### BIBLIOGRAFÍA

- CARDONA, Ramiro, Carmen Inés Cruz, Juanita Castaño, Elsa M. Chaney, Mary G. Powers y John J. Macisco Jr. (1980), *El éxodo de colombianos: Un estudio de la corriente migratoria a los Estados Unidos y un intento para propiciar el retorno*, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo.
- GUARNIZO, Luis Eduardo (2006), *Los colombianos londinenses*, reporte preparado para la Organización Internacional de Migraciones (OIM).
- GUARNIZO, Luis Eduardo, Alejandro Portes y William J. Haller (2003), «Assimilation and Transnationalism: Determinants of Transnational Political Action among Contemporary Migrants», en *American Journal of Sociology*, vol. 108 (6), pp. 1211–1248.
- GUARNIZO, Luis Eduardo y Marilyn Espitia (2006), «Colombians in the United States», en *The New Americans*, editado por Mary Waters y Reed Ueda, Cambridge, MA, Harvard University Press, Forthcoming.
- URIBE, José Darío (2005), *Intervención en debate sobre las Remesas en Colombia*, Comisión III del Senado de la República, Bogotá, Gerencia General del Banco de la República, 31 de mayo.